

el comedor, adonde le siguió Vauquelin. Pero para dar al público este aceite con el nombre de *esencia comagina* se necesita mucho dinero...

— *Esencia* y *comagina* son dos palabras que raban de verse juntas. Llamad á vuestro cosmético *aceite de Birotteau*. Si no queréis vulgarizar vuestro nombre, ponedle otro... ¡Pero aquí está la *Virgen* de Dresde!... ¡Ah! señor Birotteau, ¿queréis que riñamos al despedirnos?

— Señor Vauquelin, dijo el perfumista cogiendo las manos del químico, esta antigüedad no tiene otro mérito que la persistencia con que la he buscado; ha sido menester revolver toda Alemania para encontrarla estampada en papel de China; es uno de los primeros ejemplares: sabía que la deseabais; vuestras ocupaciones no os dejaban tiempo para distraeros buscándola; fui vuestro comisionista. Ved en esto, no un mal grabado, sino los afanes, el interés, las idas y venidas que prueban un agradecimiento absoluto. Hubiera querido que desearais algunas sustancias que fuese menester ir á buscar al fondo de los precipicios, y venir á deciros: « Ahí las tenéis. » No me hagáis un desprecio. ¡Hay tantos motivos para que no penséis nunca en nosotros! Permitidme dejar en vuestro casa un objeto que os recuerde á mi mujer y á mi hija, á mí y á mi yerno futuro. Alguna vez diréis, mirando la *Virgen*: « Hay gentes honradas que se acuerdan de mí. »

— Acepto, dijo Vauquelin.

Popinot y Birotteau se enjugaron las lágrimas;

tan conmovidos quedaron por el acento de bondad que imprimió el académico á esta palabra.

— ¿Queréis colmar vuestras bondades? dijo el perfumista.

— ¿De qué modo? replicó Vauquelin.

— Reuno algunos amigos...

Se irguió sobre los talones y siguió diciendo, no obstante, con aire humilde:

— ... tanto para celebrar la libertad del territorio, como para festejar mi entrada en la orden de la Legión de honor.

— ¡Ah! dijo Vauquelin admirado.

— Tal vez me hice digno de este insigne y real favor cuando fui miembro del tribunal de comercio y combatiendo por los Borbones en la jornada de San Roque el 13 vendimiario, en que fui herido por Napoleón... Mi mujer da un baile, dentro de veinte días, un domingo; honradnos con vuestra presencia, señor; hacednos el honor de comer con nosotros, aquel día. Para mí, eso me parecería estar doblemente condecorado. Os escribiré con anticipación.

— Bien; sí; iré, dijo Vauquelin.

— Mi corazón no cabe en el pecho, salta de gozo, exclamó el perfumista una vez en la calle. Irá á mi casa. Temo de que se me haya olvidado lo que me ha dicho sobre el pelo; ¿te acuerdas, Popinot?

— Sí, señor; y aunque pasen veinte años, no se me olvidará.

— ¡Un grande hombre! ¡Qué mirada, y qué penetración! dijo Birotteau. ¡Ah! no ha titubeado;



en seguida adivinó nuestras intenciones, y nos ha dado los medios para desprestigiar el aceite de Macassar. ¡ Ah! nada puede hacer salir el pelo; ¡ Macassar, mientes! Popinot, es una fortuna. Mañana á las siete, estaremos en la fábrica; llevarán las avellanas, y haremos aceite. No es posible decir que cualquier aceite es bueno; estaríamos perdidos si el público lo supiera. Si no entrasé en la composición de nuestro aceite algo de avellana y de perfume, ¿ bajo qué pretexto podríamos venderlo á tres ó cuatro francos las cuatro onzas?

— Vais á ser condecorado, señor, dijo Popinot. ¡ Qué gloria para...!

— Para el comercio, ¿ no es así, hijo mío?

El aire triunfal de César Birotteau, seguro de su buena fortuna, fué notado por sus dependientes, que se hicieron señas unos á otros, porque la salida en coche y el traje del cajero y del dueño los habían lanzado en las más novelescas imaginaciones. El mutuo contento de César y de Anselmo, revelado por sus actitudes, las miradas llenas de esperanza que Popinot lanzó repetidamente á Cesarina, anunciaban algún suceso grave y confirmaban las sospechas de los dependientes. En esa vida de sujeción casi claustral, los más pequeños incidentes adquieren el interés que inspiran á un prisionero los menores detalles de un calabozo. La actitud de Constanza, que respondía á las miradas olímpicas de su marido con expresión de daga, acusaba una nueva contrariedad; porque, en tiempos normales, la mujer de César hubiera estado satisfecha,

cuando hasta las afortunadas ventas al por menor conseguían alegrarla. Por caso extraordinario, los ingresos ascendieron aquel día á seis mil francos, habiendo ido algunos clientes á pagar cuentas atrasadas.

El comedor y la cocina, que recibía luz de un patinillo y estaba separada del comedor por un pasillo, donde desembocaba la escalera que partía de un rincón de la trastienda, eran habitaciones del entresuelo donde en otro tiempo tenían su alcoba César y Constanza; por esta razón, el comedor donde habían pasado su luna de miel conservaba el aspecto de un saloncito. Durante la comida, Raguét, el mozo de confianza, cuidaba de la tienda, pero á los postres los dependientes bajaban, dejando á César, á su mujer y á su hija de sobremesa, junto á la chimenea. Esta costumbre procedía del tiempo de los Ragon, quienes, siguiendo los antiguos usos y costumbres del comercio, mantenían entre ellos y los dependientes la enorme distancia que antes existía entre *maestros* y *aprendices*. Cesarina ó Constanza preparaban luego al perfumista su taza de café, que tomaba sentado en una butaca, cerca del fuego. Entonces Birotteau enteraba á su mujer de todos los acontecimientos del día, le contaba lo que había visto en París y lo que ocurría en el arrabal del Temple, las dificultades de su fabricación.

— ¡ Mujercita mía, dijo cuando los dependientes hubieron bajado, hoy es, ciertamente, uno de los días más importantes de nuestra vida! Las avellanas compradas, la prensa hidráulica dispuesta á



funcionar mañana, el negocio de los terrenos realizado. Toma, guarda ese cheque del Banco, dijo entregándole el que le dió Pillereault. La restauración de nuestras habitaciones decidida, nuestra casa ensanchada... ¡Dios mío! ¡He visto en el patio Batave un hombre muy singular!

Y contó la escena con el señor Molineux.

— Veo, respondió su mujer interrumpiéndole en uno de sus períodos, que te has entrampado por doscientos mil francos.

— Es verdad, mujercita mía, dijo el perfumista con una falsa humildad. ¿Cómo los pagaremos, Dios mío? Porque no hay que contar para nada con los terrenos de la Magdalena destinados á ser un día el barrio más bonito de París.

— Un día, César.

— ¡Ay de mí! dijo él continuando su broma; mis tres octavas partes no me valdrán un millón hasta dentro de veinte años. ¡Y cómo pagar doscientos mil francos! repitió César fingiendo espanto. Pero es posible que lo paguemos con esto, dijo sacando de su bolsillo una avellana que había cogido en casa de la señora Madou, guardándola cuidadosamente.

Mostró á Cesarina y á Constanza la avellana, oprimida entre dos dedos. Su mujer calló, pero su hija, preocupada, le dijo sirviéndole café:

— ¡Ah! con eso, papá: ¿te burlas?

El perfumista, como sus dependientes, había sorprendido durante la comida las miradas de Popinot á Cesarina, y quiso aclarar sus sospechas.

— No lo dudes, hijita, esta avellana causará una revolución aquí. Desde hoy, saldrá de nuestra casa una persona que vivía en ella.

Cesarina miró á su padre como si quisiera decirle: « ¡Qué me importa! »

— Popinot se va.

Aunque César era poco observador, como había preparado esta última frase, tanto para tender un lazo á su hija cuanto para llegar á decir lo de la creación de una casa *A. Popinot y Compañía*, su ternura paternal le hizo adivinar los sentimientos confusos que brotaron del corazón de su hija, enrojecieron sus mejillas y su frente, y abrillantaron sus ojos, que se apresuró á bajar. César creyó entonces que se había cambiado entre Cesarina y Popinot alguna promesa. Pero no estaba en lo firme; se comprendían, como todos los amantes tímidos, sin decir ni una palabra.

Algunos moralistas creen que el amor es la pasión más involuntaria, la más desinteresada, la menos calculadora de todas, exceptuando, naturalmente, el cariño maternal. Esta opinión induce á un error grande. Aunque la mayoría de los hombres ignora las razones que originan el amor, toda simpatía física ó moral está basada en conveniencias del entendimiento, del sentimentalismo ó de la brutalidad. El amor es una pasión esencialmente egoísta. Quien dice egoísmo, dice interesada conveniencia. Así, para toda imaginación impresionada sólo por los resultados, puede parecer, á primera vista, inverosímil ó singular suponer á una encan-



tadora joven, como Cesarina, prendada de un pobre muchacho cojo y pelirrojo. Sin embargo, este fenómeno está en armonía con la aritmética de los sentimientos burgueses. Explicarlo, será darse cuenta de los matrimonios frecuentes y que producen cada vez la misma sorpresa, entre bellas y arrogantes mujeres y hombres bajos, entre raquílicas y feas criaturas y buenos mozos. Cualquier hombre que tiene algún defecto de conformación, como un cojo, un manco, un jorobado, un herpético, uno que tenga facciones desproporcionadas ó un defecto como Roguin, y otras monstruosidades independientes de la voluntad de los individuos, se ve obligado á ser ó hacerse temible ó bondadoso con exceso; no le es dable mantener los términos medios, como la mayoría de los hombres. Para lo primero se necesita imaginación, genio ó fuerza: un hombre no inspira respeto sino cuando puede hacer daño; admiración, sólo cuando se impone su inteligencia; y temor, cuando tiene mucho ingenio para ridiculizar. Un hombre bondadoso se hace querer, porque sufre admirablemente las tiranías femeninas, y es amoroso con humildad, como nunca lo son aquellos que gozan de un irreprochable equilibrio corporal. Educado por gentes virtuosas, por los Ragon, modelo de la más prudente burguesía, y por su tío el juez Popinot, Anselmo lograba, con su candor y sus sentimientos religiosos, que su agradable trato hiciese olvidar su defecto físico. Impresionados por esa tendencia que hace á la juventud atractiva, Constanza y César habían elo-

giado con frecuencia á Anselmo delante de Cesarina. Mezquinos algunas veces en sus apreciaciones, aquellos comerciantes tenían grandeza de alma bastante para interpretar los nobles sentimientos del corazón. Sus elogios encontraron eco en la muchacha, que, á pesar de su inocencia, leyó en los ojos tan puros de Anselmo una pasión violenta, siempre halagadora, cualquiera que sea la edad, el rango y el porte del enamorado. El joven Popinot debía tener muchas más razones que un buen mozo para sentir adoración hacia una mujer. Siendo hermosa, estaría loco por ella eternamente, su amor despertaría sus ambiciones, se mataría por hacerla dichosa, la dejaría dueña de su casa, dichoso al sentirse dominado por su ídolo. Así pensaba Cesarina sin proponérselo y acaso no tan claramente; entreveía á la ligera los beneficios del amor y razonaba por comparación: la dicha de su madre se ofrecía á sus ojos, no anhelaba más; su instinto le hacía ver en Anselmo otro César, perfeccionado por la educación como ella lo estaba por la suya.

Soñaba á Popinot alcalde de un distrito y le halagaba suponerse recostada en el petitorio de su parroquia como vió á su madre en San Roque. Había acabado por no ver diferencia entre la pierna izquierda y la derecha de Popinot: hubiese sido capaz de decir: «¿Pero cojea?» Le agradaban aquellos ojos dulces y claros y se complacía al observar el efecto producido por su mirada que los encendía en ardores púdicos, y los obligaba á cerrarse me-



lancólicamente. El primer pasante de Roguin, dotado de esa precoz experiencia debida á la costumbre de los negocios, Alejandro Crottat, tenía una expresión medio cínica y medio crédula, que le hizo antipático á Cesarina, ya molestada por los lugares comunes de su conversación. El silencio de Popinot descubría un entendimiento sencillo, y le agradaba su sonrisa algo melancólica, haciéndole concebir insignificantes trivialidades; las torpezas que le hacían sonreír producían siempre en ella el mismo efecto; sonreían ó se entristecían á la vez. Esta superioridad visible hacía que Anselmo se obstinase más en sus propósitos, y su infatigable ardor agradaba á Cesarina, comprendiendo que si los otros dependientes decían: « Cesarina se casará con el primer pasante del señor Roguin », Anselmo, pobre, cojitranco y pelirrojo, no desesperaba de obtener su mano. Una decidida esperanza prueba un inmenso amor.

— ¿Adónde irá? preguntó Cesarina á su padre tratando de aparentar una expresión indiferente.

— ¡ Se establece en la calle de los Cinco Diamantes! y así le proteja Dios, como se lo deseo, dijo Birotteau, cuya exclamación no fué comprendida por su mujer ni por su hija.

Cuando Birotteau tropezaba en una dificultad moral, hacía como los insectos ante un obstáculo, se iba por la izquierda ó por la derecha; cambió, pues, de conversación, prometiéndose hablar de Cesarina con su mujer.

— He contado á tu tío tus temores y la opinión

que tienes de Roguin, y se ha echado á reír, dijo á Constanza.

— No debes jamás repetir lo que decimos entre nosotros, exclamó Constanza. Ese pobre Roguin será, tal vez, el hombre más honrado del mundo; tiene cincuenta y ocho años, y acaso no piensa en...

Se detuvo á tiempo viendo á Cesarina atenta, y se lo hizo comprender á César con un guiño de ojos.

— Entonces, hice bien en formalizar el compromiso, dijo Birotteau.

— Eres el amo, respondió ella.

César cogió las manos de su mujer, y la besó en la frente. Aquella respuesta: « Eres el amo », fué siempre una aprobación tácita de los proyectos del marido.

— Vamos, exclamó el perfumista bajando á su almacén y hablando á sus dependientes, cerraremos á las diez la tienda. ¡ Señores, todos ayudarán! Se trata de subir esta noche los muebles del primer piso al segundo. Es necesario meter, como se dice, la olla pequeña en la grande, á fin de que mañana el arquitecto encuentre el campo libre. Popinot ha salido sin permiso, dijo César, al notar su ausencia. ¡ Oh! pero ya no duerme aquí, se me olvidaba. Ha ido, pensó, á tomar nota de las opiniones del señor Vauquelin, ó á alquilar una tienda.

— Conocemos el motivo de esta mudanza, dijo Celestino hablando en nombre de los otros dos dependientes y en el de Raguét, agrupados detrás de él. ¡ Nos será permitido felicitar al señor por la



honra que recae sobre toda la tienda?... Popinot nos ha dicho que el señor...

— Bien, hijos míos, ¡qué queréis! ¡Me han decorado! Así, pues, no solamente á causa de la libertad del territorio, sino también para celebrar mi promoción en la Legión de honor, reuniremos á nuestros amigos. Acaso me hice digno de este insigne y real favor, formando parte del tribunal de comercio y combatiendo por la causa monárquica que he defendido, siendo de vuestra edad, en la jornada de San Roque, el 13 vendimiario; y á fe mía, que Napoleón, llamado el emperador, me hirió. Estuve herido en la pierna, y la señora Ragon me curaba. ¡Tened valor y seréis recompensados! He aquí, hijos míos, cómo una desdicha encuentra siempre recompensa.

— Ya no habrá combates en las calles, dijo Celestino.

— Hay que esperarlo así, dijo César, que tomó pie de esto para pronunciar á sus dependientes un discurso que terminó en una invitación.

La perspectiva de un baile animó á los tres dependientes, á Raguet y á Virginia, dándoles la destreza de los equilibristas. Todos iban y venían por las escaleras, cargados, sin romper ni tirar nada. A las dos de la madrugada terminaron de hacer la mudanza. César y su esposa durmieron en el segundo piso. El cuarto de Popinot se destinó á Celestino y al segundo dependiente. El tercer piso se convirtió en almacén provisional de muebles.

Poseído de ese magnífico ardor que produce la

afluencia del fluido nervioso y convierte en un hornillo el diafragma de las gentes ambiciosas ó enamoradas movidas por grandes designios, Popinot, tan dulce y tranquilo, había piafado como un caballo de raza antes de la carrera, en la tienda, al acabar de comer.

— ¿Qué tienes? le dijo Celestino.

— ¡Vaya un día, amigo mío! me establezco, le dijo al oído; y al señor Birotteau le han condecorado.

— Eres dichoso, el principal te ayuda, exclamó Celestino.

Popinot no respondió, desapareciendo como impulsado como por un huracán furioso: ¡el huracán de los éxitos!

— ¡Oh! ¡dichoso! dijo á su compañero, que repasaba etiquetas, un dependiente ocupado en empaquetar guantes por docenas; el principal ha reparado en las miradas que Popinot dirige á la señorita Cesarina, y, como es muy perspicaz, se libra de Anselmo; sería difícil despedirle, por consideración á sus parientes. Celestino toma por generosidad esa astucia.

Anselmo Popinot bajó la calle de San Honorato y recorrió la calle de Dos Escudos, para ponerse al habla con un joven que su *doble vista* comercial le designaba como el primer elemento de su fortuna. El juez Popinot había prestado un servicio al más hábil viajante de París, cuya florenciente locuacidad y cuya viveza infatigable le hicieron merecer, andando el tiempo, que se le pusiera de sobrenom-



bre *el ilustre*. Consagrado especialmente á la sombrerería y al *artículo de París*, ese rey de los viajeros se llamaba, entonces aún, pura y simplemente Gaudissart. A los veintidós años era conocido ya por su poderoso magnetismo comercial. Delgado, con ojos alegres y rostro expresivo, con una memoria infatigable y penetración para adivinar los gustos de cada uno, merecía ser lo que fué más tarde, el rey de los comisionistas, *el francés* por excelencia. Algunos días antes, Popinot había encontrado á Gaudissart, que estaba á punto de partir; la esperanza de encontrarle aún en París lanzaba al enamorado hacia la calle de Dos Escudos, donde se enteró de que el viajante había mandado guardar un asiento en las mensajerías; para despedirse de su querida capital, Gaudissart había ido á ver una comedia nueva en el Vaudeville: Popinot resolvió aguardarle. Confiar la comisión del aceite de avellanas al incomparable propagandista de las invenciones comerciales, ya solicitado por las casas más ricas, ¿no era girar una letra de cambio contra la fortuna? Popinot estaba seguro de que Gaudissart le atendería. El comisionista, maestro en el arte de comprometer á las gentes más rebeldes, á los tenderos de provincias, se había dejado comprometer en la primera conspiración tramada contra los Borbones después de los Cien Días. Gaudissart, á quien el aire libre era indispensable, se vió reducido á prisión bajo el peso de una acusación grave. El juez Popinot, encargado del proceso, había declarado inocente á Gaudissart,

seguro de que sólo fué una imprudente ligereza lo que le había comprometido en aquel asunto. Con un juez deseoso de agradar al poder ó con un monárquico exaltado, el infeliz dependiente hubiese acabado en el patíbulo. Gaudissart, seguro de que el juez de instrucción le había salvado la vida, se desesperaba, no pudiendo ofrecer á su protector más que un estéril agradecimiento. No creyendo prudente dar gracias á un juez por su justicia, fuese á casa de los Ragon y se declaró esclavo de los Popinot. Para hacer tiempo, Popinot fué, naturalmente, á ver de nuevo su tienda de los Cinco Diamantes y á averiguar el domicilio del dueño, á fin de tratar del arrendamiento. Vagando por el laberinto obscuro del gran mercado y discurriendo la manera de organizar un éxito rápido, Popinot encontró, en la calle de Aubry-le-Boucher, una ocasión única y de buen augurio con la cual pensaba obsequiar á César al día siguiente. De centinela en la puerta del hotel de Dos Escudos, hacia media noche, Popinot oyó á lo largo de la calle de Grenelle un estribillo, cantado por Gaudissart con acompañamiento de bastón, significativamente arrastrado por el suelo.

— Señor, dijo Anselmo abandonando la puerta y mostrándose de repente: dos palabras.

— Once, si queréis, dijo el comisionista levantando su bastón sobre el agresor.

— Soy Popinot, dijo el pobre Anselmo.

— Me basta, exclamó Gaudissart reconociéndole. ¿Qué necesitas? ¿dinero? Está en vacaciones, pero lo buscaré al punto. ¿Mi ayuda para un duelo?



Soy todo para serviros desde los pies al occipucio.

Y cantó:

Ya lo ves, ya lo ves,  
aquí está el soldado francés.

— Venid y hablaremos diez minutos, no en vuestro cuarto, donde podrían oírnos, sino en el malecón del Reloj, donde no hay nadie á esta hora, dijo Popinot; se trata de algo muy importante.

— ¿Y es urgente? ¡Vamos!

A los diez minutos, Gaudissart estaba enterado de los secretos de Popinot y reconocía su importancia.

— Asomad, perfumistas, calvos y peluqueros, exclamó Gaudissart imitando á Lafon en el papel de Cid. Voy á empuñar las riendas de todos los comercios de Francia y de Navarra. ¡Oh! ¡una idea! Iba á marcharme; pero desisto para tomar las comisiones de la perfumería parisiense.

— ¿Con qué objeto?

— Uno muy sencillo: estrangular á vuestros rivales. ¡Inocente! Cuando tenga yo las comisiones de los demás, haré tragar el aceite en vez de sus pérfidos cosméticos, no hablando y no ocupándome sino de lo vuestro. ¡Una famosa estratagema de viajante! ¡Ah, ah! ¡Somos los diplomáticos del comercio! ¡Muy chistoso! El prospecto corre de mi cuenta. Es mi amigo desde la infancia Andoquio Finot, el hijo del sombrerero de la calle del Gallo, quien me decidió á viajar con artículos de sombrerería; Andoquio, que tiene mucho ingenio, se apropió

él de todas las cabezas que medía su padre, se metió á escribir, y hace críticas de teatros en el *Courrier des Spectacles*. Su padre, perro viejo, con sobradas razones para no estimar el ingenio, desconfía en absoluto del ingenio; imposible hacerle comprender que la literatura produce dinero y que también se hace fortuna con ella. El viejo Finot sitió al joven Finot por hambre. Andoquio, mozo de talento y muy amigo mío — yo sólo me trato con tontos comercialmente — hace reclamos para *el Buen Pastor*, que paga, mientras que los periódicos donde trabajaba como un presidiario le alimentaban con esperanzas. ¡Hay muchas envidias en el comercio literario! Sucede como en el *artículo de París*. Finot tenía una preciosa comedia, en un acto, para la señorita Mars, la mejor entre las mejores, ¡ah! ¡es una de mis grandes admiraciones! Pues bien, para ver su obra representada, tuvo que llevarla á la Gaité. Andoquio sabe hacer un prospecto, entiende las conveniencias del comerciante, no es orgulloso, redactará nuestro prospecto *gratis*. Ya lo creo; le obsequiaremos con un ponche y unos pasteles. Mucha prudencia, Popinot, yo viajaré sin comisión y sin gastos; vuestros competidores pagarán, los desplumaré. Entendámonos. Para mí, este negocio es un asunto de honor. ¡No quiero más recompensa que ser testigo de vuestra boda! ¡Iré á Italia, á Alemania, á Inglaterra! ¡Llevaré carteles en todos los idiomas, los haré colocar en todas partes, en los pueblos, en las puertas de las iglesias, en los sitios más concurridos de las ciudades. Vues-



tro aceite brillará sobre todas las cabezas. ¡Oh! Y vuestra boda, no será una ceremonia humilde, sino una fiesta estrepitosa. Os casaréis con Cesarina, ó dejaré de llamarme *Ilustre*, nombre que me puso el viejo Finot, por haber dado salida á sus sombreros grises. Vendiendo vuestro aceite, no salgo de mi especialidad: la cabeza humana; el aceite y el sombrero se fabrican para conservar el pelo al público.

Popinot llegó á casa de su tía, donde iba á dormir, con tal fiebre, producida por el presagio de los éxitos, que las calles le parecían arroyos de aceite. Durmió poco, soñó que sus cabellos crecían locamente, y vió dos ángeles que le mostraban un cartel que decía: *Aceite cesarino*. Despertó, recordando su ensueño, y resolvió llamar así al aceite de avellanas, considerando esta fantasía como una orden celestial.

César y Popinot estuvieron en su laboratorio del arrabal del Temple, mucho antes que llegasen las avellanas; esperando á los mozos de la señora Maddou, Popinot refirió triunfalmente su tratado de alianza con Gaudissart.

— Teniendo de nuestra parte al ilustre Gaudissart somos dichosos, exclamó el perfumista, alargando la mano á su cajero, con la expresión que debió tomar Luis XIV al recibir al mariscal de Villars, de regreso de Denain.

— Conseguimos otra cosa más, dijo el feliz dependiente, sacando de su bolsillo un frasco de forma aplastada y prismática. Encontré una partida de

diez mil como este modelo, almacenados y disponibles, á veinte céntimos, y á seis meses de plazo.

— Anselmo, dijo Birotteau mirando la forma espumpanante del frasco: ayer (y al decir esto procuró dar á sus palabras entonaciones majestuosas), en las Tullerías, ayer mismo, dijiste: « Venceré. » Hoy te digo solemnemente: « ¡Vencerás! » ¡Veinte céntimos! ¡Seis meses de plazo! ¡Una forma original! ¡Al Macassar le arde ya el pelo! ¡Qué frascos los del aceite de Macassar! ¡Bien hice acaparando todas las avellanas que hay en París! ¿Dónde hallastes los frascos?

— Esperando la hora de ver á Gaudissart, andaba sin rumbo...

— Como yo en otro tiempo, exclamó Birotteau.

— Bajando la calle de Aubry-le-Boucher, vi en casa de un vidriero al por mayor, en un almacén de vasos y de fanales que tiene mucho surtido, vi este frasco... ¡Ah! me deslumbró como una luz repentina; una voz me gritó: « ¡Ahí tienes tu negocio! »

— Nació para comerciante. Será digno de mi hija, dijo César entre dientes.

— ¡Al punto vi millares de estos frascos, en cajas!

— ¿Preguntaste?

— ¡No me creáis tan tonto! exclamó Anselmo.

— ¡Nació para comerciante! murmuraba Birotteau.

— Pregunté por unos fanales para imágenes en cera del niño Jesús. Regateando con insistencia los